

Carlos Esplá  
La universalidad de Blasco Ibáñez  
(*El Luchador*, 11-2-1928, 28-1-1932)

Blasco Ibáñez representaba en la vida de nuestro país una oposición violenta contra el casticismo español, un estado permanente, de guerra civil, en el nombre del espíritu internacional, contra las normas más plebeyas y siniestras del espíritu nacional. En esta lucha hay que buscar la explicación de ciertas insolencias escritas contra Blasco Ibáñez por nombres que parecen representar un estado de cultura típicamente española. Y también la explicación de ciertas críticas y de ciertas incomprensiones que escoltaron a Blasco en su vida y aún formaron con poca piedad en el cortejo de su muerte.

Quizás algunos escritores envidiasen en Blasco su popularidad, sus grandes tiradas, sus éxitos financieros. Pero esto no basta para explicar la distancia que algunos intelectuales españoles habían querido establecer entre ellos y el gran novelista valenciano. La envidia forzaría a algunos al ataque; pero no todos los escritores son envidiosos. El odio contra Blasco —que era una de las formas de rendirle homenaje— obedecía más bien a que Blasco había venido a estorbar el faquirismo intelectual de la gente de pluma española. Estos escritores veían al gran autor con el asombro que podría causar a un caracol el vuelo de un águila.

El caso de la generación del 98 es uno de los más significativos. Debemos excluir de ella a don Miguel de Unamuno, quien se excluyó él mismo, porque no es posible catalogar su personalidad en ningún grupo ni en ninguna generación. El señor Unamuno forma, por su parte, una generación de él solo. Pero Blasco Ibáñez pertenecía por su edad a esa generación del 98, que se esforzaba en ignorarlo. A todos estos señores de la generación del 98 se les hubiera hecho una ofensa enorme al decirles que Blasco Ibáñez era un compañero suyo. Blasco Ibáñez se hubiera limitado a sonreír. La diferencia es clarísima. Blasco hizo cuanto pudo por evitar el 98, sufrió persecuciones, fue a presidio, al destierro, luchó en la calle, escribió, habló al pueblo, realizó toda la acción posible en un intelectual para que no se produjese el 98. Los otros señores eran más distinguidos y, por lo tanto, se declararon anarquistas. Azorín afirmaba que Blasco era un reaccionario a su lado. Pero nadie hizo nada por evitar el 98. Cuando el 98 llegó, esta generación de personas exquisitas se dedicó a meditar sobre el problema de España. Los intelectuales rusos, después del fracaso de 1905, se hicieron

borrachos. Los intelectuales españoles, después de 1898, se hicieron filósofos prudentes.

Esta actitud meditativa, auténticamente oriental, se ha repetido siempre que hubo que hacer algo para evitar otro 98. Mientras, Blasco continuaba su vida de guerrillero de Europa en España.

Blasco vivió la vida de su tiempo, los problemas de su época. Su fama mundial no era un fenómeno de la casualidad, de la suerte. Era una consecuencia lógica de sus preocupaciones y de sus impulsos universales. Un escritor español especializado en los particularismos españoles no puede interesar fuera de España. Blasco, que se interesaba por todas las grandes cosas ocurridas en el mundo, interesó a todos los hombres de su tiempo. Cuando el «affaire» Dreyfus, Blasco tomó posición, en Valencia, por Zola, contra el militarismo y la injusticia, en el proceso que más conmovió la conciencia del mundo. Blasco hizo sentir como propio este problema a la democracia valenciana; es decir, creó en un rincón de la península un sentimiento de solidaridad internacional. Cuando la guerra europea —que un intelectual español llamó no hace mucho «guerra tonta»—, Blasco no fue un espectador irónico de la tragedia, como lo fueron tantos otros, sino que hizo la guerra desde su puesto de combate, desde su trinchera de escritor. Blasco citaba cogido en el engranaje universal, del cual se separaron los intelectuales españoles, como si les mareasen las vueltas del mundo. Esta universalidad de Blasco se desarrollaba en proporciones geométricas. Y cuando el gran escritor realiza su viaje de vuelta al mundo, la juventud intelectual del Japón, los estudiantes de los pueblos más ignorados y lejanos le dedican homenajes y festejos. Esto no es únicamente un resultado de su popularidad. Es una correspondencia lógica de la universalidad. Para los hombres de Asia, de América, de Oceanía, Blasco Ibáñez es, además del escritor que los ha deleitado con sus relatos novelescos, el hombre que ha sentido con ellos los problemas de su tiempo, que ha tomado una parte viva en sus angustias, en sus ilusiones, que comparte sus ideales y sus preocupaciones.

Esta universalidad de Blasco Ibáñez es la que asustaba al faquirismo intelectual español. Las mismas luchas políticas de Blasco Ibáñez son una manifestación de su universalidad, a pesar del cuadro limitado en que las desarrolló. Blasco político es el introductor de ideas de las revoluciones europeas en España. Por eso lucha contra las fuerzas más sólidas de la vida española y aparece como un elemento antiadicional. Ha de luchar a veces contra los mismos que parecen comprenderlo. Cuando abandona la política militante, algunos de sus amigos le dicen: «No tiene usted derecho a marcharse». Es decir: «Blasco no tiene derecho a seguir la ruta de su

universalización; debe quedarse pegado a nosotros». Cuando vuelve a la política, un escritor catalán muy inteligente escribe un artículo deplorable, titulado «La última película de Blasco Ibáñez» y diciendo que ¡cuánto mejor le hubiera ido a Blasco quedándose en Barcelona o Valencia, en la tertulia de una famosa librería! ¡Blasco, hombre de tertulia!

Este particularismo, esta resistencia contra la universalidad blasquista llega a constituir todo un sistema. Cuando se le dice «el glorioso autor de *La barraca*» —y yo creo que *La barraca* es su mejor novela, pero esto es otra cosa— se quiere decir que toda la obra universal de Blasco, se prefiere la que tiene más aspecto local. Cuando Duran y Tortajada traduce admirablemente sus primeras novelas al catalán, los críticos más inteligentes hablan de «restitución a la lengua en que fueron pensadas». Es decir que esas novelas conocidas en todos los idiomas, han dado la vuelta al mundo por equivocación, han sufrido el abuso de la traducción a todos los idiomas cultos de la tierra, pero vuelven a la lengua de donde no debieron haber salido.

En torno de Blasco todo era quietud, gente que se conformaba a estar donde estaba, casticismo, localismo, tertulia, humo de café y faquirismo intelectual. Blasco rompió ese cerco oriental o incivilizado, se metió en el mundo y logró meterle el ruido y los dolores del mundo hasta los lugares más silenciosos y primitivos. Esto es lo que no se le perdona.

Blasco supo dar acción, pensamiento y voz a España oprimida.

París, febrero